

Conde Harry Kessler

Diario 1893-1937

Edición y antología de José Enrique Ruiz-Domènec

Traducción de Raúl Gabás

libros**devanguardia**

La traducción de esta obra ha recibido una subvención del Goethe-
Institut, institución financiada por el Ministerio de Asuntos
Exteriores de Alemania



Diario 1893-1937. Conde Harry Kessler

© Del prólogo y las notas, José Enrique Ruiz-Domènec: 2015

© De la traducción: Raúl Gabás Pallás, 2015

© De esta edición:

La Vanguardia Ediciones, S.L.

Diagonal, 477, 7a planta

08036 Barcelona

Primera edición, diciembre 2015

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación
puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio
sin permiso del editor

ISBN-13: 978-84-16372-16-4

Depósito legal: B-27160-2015

Imagen cubierta: ????????????

Cubierta y maquetación: Marc Bello

Impreso por: Liberdúplex

Índice

Introducción, por José Enrique Ruiz-Domènec 11

Capítulo 1

Entre modernistas (1893-1897) 17

Capítulo 2

Cosmopolitismo (1898-1906) 79

Capítulo 3

Belle époque (1906-1914) 149

Capítulo 4

Tormenta de acero (1914-1916) 181

Capítulo 5

La guerra total (1916-1918) 185

Capítulo 6

Revolución en Berlín (1918-1919) 203

Capítulo 7

Los dorados años veinte (1919-1929) 229

Capítulo 8

Al borde del abismo (1929-1933) 251

Capítulo 9

Lejos de todo aquello (1933-1937) 289

Nota del traductor a la presente edición 457

Bibliografía 457

Cronología sobre la vida y la obra del conde Harry Kessler 457

Registro de personajes citados 457

Introducción

El conde Harry Kessler es un ejemplo perfecto del europeo cosmopolita educado en el último tercio del siglo XIX y que madura su personalidad en las primeras décadas del siglo XX. Para sus más reputados biógrafos, un esteta que consideró la belleza como una promesa de felicidad, un hombre de mundo, que hablaba, leía y escribía en tres idiomas, ávido de comprender las vanguardias artísticas a través de la tradición clásica y el espíritu del gótico, de los valores del Renacimiento y los sueños de la Ilustración; un escritor orgulloso de la holgura de sus conocimientos, puestos al servicio de un proyecto de vida que le exigió desprenderse de todo fin privado, social o nacional y abrazar una suerte de querencia por las virtudes cosmopolitas. En general, destacaba por sostener ideas muy personales sobre lo que era algo *bien hecho*. En esa categoría no incluía el lenguaje popular, la imaginería religiosa, el lenguaje lírico o las tribulaciones amorosas con mujeres. En cambio era bien conocida su afición por anotar opiniones o vivencias; como también su carácter atrevido y crítico hacia los pusilánimes. Para la mayoría de sus amigos fue alguien que siempre iba adelante, sin miedo, aceptando la gimnasia intelectual de una época llena de novedades. Más de una vez se le vio

rechazar la idea de que Europa *era* decadente, y de resistirse a los que se empeñaban en poner fin a la cultura para comenzar de nuevo en una pizarra limpia. Por eso a muy pocos extrañó que un día de junio de 1880 decidiera escribir un diario.

Fue una decisión de adolescente, y sin embargo le dejó clavado en la mesa, incapaz de calibrar el impacto en su porvenir. La primera palabra que anotó en inglés fue *morning*. Una metáfora del amanecer de la conciencia a un mundo donde las ideas eran menos importantes que el modo en que se expresaban a través de la literatura, la música y el arte. La repetición de ese gesto fue la clave de su vida. Su *Diario* se convirtió a partir de entonces en la más acabada descripción de aquel tiempo que se pueda leer. Anotó con cuidado y altas dosis de observación el curso de los acontecimientos que hicieron triunfar las vanguardias mientras la mayor parte de los europeos seguían comprometidos con los valores tradicionales. Hacia 1880, lo habitual en su círculo social era sostener los principios victorianos. La religiosidad y el nacionalismo estaban tan generalizados que apenas necesitaban medición. La regla implícita era: adaptarse a las normas o cambiarlas a la fuerza.

Por supuesto que Kessler se aventuró por otro camino, el camino de la emancipación, que precisaba aceptar una lectura laica y cosmopolita de la vida. Gracias a eso alumbró una personalidad lúcida y polémica, sutil y recatada, comprometida y brillante. El cotidiano gesto de anotar el *Diario* galvanizó su curiosidad: cualquier hecho llamaba su atención, y él trataba de entenderlo. El efecto de las vanguardias en su carácter fue lo que le hizo no flaquear en el empeño. El alivio de una reafirmación del yo inspiró el resto de su vida; una vida basada en un amplio manejo de hechos, nombres, genealogías, lugares de la memoria, textos literarios y objetos. Esos materiales los envolvió en las tupidas experiencias de las personas que compartieron con él su mesa y su conversación, gente de la aristocracia y de la alta burguesía, aunque no faltaron artistas, músicos, escritores, políticos, periodistas, habituales en los actos que marcaron el tono social de esos años y, a la postre, quie-

nes desvelaron el secreto de una civilización que dio sus últimos frutos antes e inmediatamente después de la Gran Guerra. Un secreto que en último término consistía en aceptar que la cultura esencialmente es una red de personas y de ciudades. Esta convicción tan enriquecedora para él atraviesa los años y llega al actual 2015, cuando se vuelve a insistir en la creación de fronteras por la lengua, la religión o la raza. Ciertos elementos del pasado, al retornar por efecto de la repetición, tienden a convertirse en la parodia de una antigua tragedia. Por ese motivo, las anotaciones del *Diario* pueden ayudarnos a entender una situación que nadie desea que vuelva, pero que no estamos seguros de que no lo vaya a hacer. Esta es casi sin duda la gran aportación a nuestra actualidad plagada de incertidumbre, sobre todo porque no se está seguro de que se haya aprendido mucho de la historia. Por eso conviene leer despacio las entradas de este *Diario*. Así aprenderemos mucho de nuestra actual situación mientras volvemos a considerar de cerca, y con un testigo excepcional, ese período de la historia de Europa que se extiende desde la esperanzada década de 1880 a la sombría de 1930.



En los salones que ofrecían su brillante escenario a los últimos años de la vieja Europa, del “mundo de ayer”, famosamente descrito por Stefan Zweig, se hablaba no sólo de negociaciones políticas, lo que los libros de historia llaman equilibrio europeo, sino también de las innovaciones en el campo de la ciencia, la música, el arte o la literatura. En cualquier reunión, en cualquier banquete, mientras se brindaba por el futuro, se planteaba la difícil cuestión de si la sociedad sería capaz de salir airosa ante el desafío de una época tan innovadora. Kessler se responsabilizó de encontrar una respuesta satisfactoria; recurrió para ello a la palabra de moda a finales del siglo XIX, *cultura*. Efectivamente, en la década de 1880, los europeos aún se aferraban a un reducido elenco de conductas aceptables en una sociedad cada vez más impregnada de los valores

de la burguesía, y en la que raras veces se expresaba sinceramente una opinión. Como esa actitud moral negaba la experiencia de la historia, prácticamente impedía el debate intelectual e indujo al historiador Jacob Burckhardt a escribir en 1888 el brillante ensayo *Consideraciones sobre la historia universal*; una defensa de la cultura como el armazón conceptual de la sociedad. Kessler, que leía a menudo a Burckhardt, se interesó por la cultura como el vehículo de la voluntad de compartir ideas que se oponían a los valores dominantes. Creía que a través de ella se podía emprender la búsqueda de una nueva visión del mundo.

Preocupado por la frivolidad de las cancillerías, el colonialismo, la tensión entre naciones, el ocaso de la razón práctica, Kessler ansiaba rehacer la sociedad, pero era consciente que los únicos instrumentos para hacerlo procedían de la cultura. En su trayectoria vital, como más tarde en la de Walter Benjamin al escribir su libro sobre los pasajes de París, la cultura era el único medio de enderezar la situación a la que había llegado una Europa cautivada por una especie de energía que la conducía a la guerra. Era una fuerza irresistible, pero perversa. Los europeos tenían que saber las consecuencias de lo que querían hacer. La llamada a las armas era algo más que lirismo patriótico: era un gesto imprudente, aunque se revistiera de brillantes desfiles. Lo contrario a la guerra no era el pacifismo de gente con “convicciones profundas, pero sin talento” como las calificó el conde Tolstói: era una cultura capaz de oponerse al statu quo.

En 1900, en pleno éxito de la Exposición Universal de París, Kessler tomó conciencia de la deriva de Europa hacia “una terrible mezcla inarticulada”; una sociedad que cambiaba a toda prisa y no siempre de acuerdo con sus gustos. Por un instante creyó poder reorientar ese camino ya que temía lo peor de seguir por él. Pero sus extensas lecturas le convencieron que tal voluntad de poder no atendía a la realidad: era un sueño vitalista. Se dejó conducir por las visiones de William Blake al que admiraba; comprendió su vida como un efecto del naufragio del mundo. Miró alarmado como Francia se escindía por una mala gestión

del *affaire* Dreyfus. De todas formas, aún creía en el efecto de las vanguardias para enderezar el rumbo. Desarrolló en esos años de cambio de siglo una sensibilidad especial para legitimar una conducta libre, sin ataduras, que incidía sobre el placer que sentía por poseer obras de arte pero también sobre su opción sexual. Así comenzó su tarea personal de cambiar el mundo por medio del arte. En 1905, mientras escuchaba las noticias de la liberación de los tonos musicales en lo que se vino en llamar *atonalidad*, se detuvo un instante a pensar en cómo se había llegado hasta allí. Al ver que su personalidad se había forjado en el esfuerzo por llevar un diario, decidió insistir en sus anotaciones, aunque externamente a algunos les pudieran parecer simples comentarios en la tradición del diletantismo aristocrático. Para entonces, Kessler había transformado las confidencias literarias y las clásicas comedillas de la alta sociedad en diagnósticos del paso del tiempo. Y fue en ese momento cuando el *Diario* reveló su potencial.

El *Diario* de Kessler es el relato de la vida de un hombre singular y de sus relaciones con los personajes de su tiempo, muchos de ellos amigos personales, comprometidos con la cultura europea; también es una suerte de historia secreta de la belle époque, una obra en clave que permite una lectura original y profunda de un momento histórico que derivó al totalitarismo tras la mala resolución de la Gran Guerra por parte de las potencias vencedoras. Se entienda en un sentido o en el otro, lo importante es que estamos –escribió Karl Schögel en julio de 2004 en la revista *Merkur*– ante “el diario del siglo XX” cuya lectura es imprescindible para todos los que estamos convencidos de la necesidad de construir una Europa unida, sin fronteras.

La presente edición es una breve muestra de este *Diario*: la obra completa en alemán, publicada por la editorial Klett-Cotta. Consta de nueve volúmenes de una media de setecientas páginas cada uno, que cubren sesenta años de anotaciones desde el 16 de junio de 1880 al 30 de septiembre de 1937. Pero la muestra es suficiente para que el lector participe del viaje de iniciación que supone comprender ese fascinante

período de la historia de Europa de la mano de uno de sus más notables protagonistas, atendiendo los matices de sus palabras, buscando las referencias que ha olvidado, completando las citas que sugiere. Es una invitación a participar en esta fiesta del conocimiento, a disfrutar unos instantes del inmenso placer de sentirse un invitado más en la frondosa tradición de la cultura europea.



Harry Clemens Ulrich Kessler nació en París el 23 de mayo de 1867. Sus primeros pasos los hizo en la casa que tenían sus padres en la Rue Cambon esquina con Mont Thabor, cerca de las Tullerías, en el *1^{er} arrondissement*, frente al actual Tribunal de Cuentas. Acudió al liceo como tantos otros niños de su ciudad, donde aprendió la importancia y los límites de la pedagogía de la Tercera República impulsada por Léon Gambetta desde la presidencia del Consejo de Ministros. Unos maestros moralistas, de bajo estipendio, fueron los responsables sin pretenderlo de una educación basada en la descripción de vidas ejemplares y que sin embargo alimentaba la *mediocritas* entre los alumnos. A los 12 años, la familia le sacó de ese ambiente conformista, bastante burgués, y le envió al St. George's School en Ascot, Berkshire: un internado de lujo fundado en 1877 para acoger a los vástagos de la buena sociedad británica; allí estudió entre otros Winston Churchill. Nada más llegar soportó las clásicas *brimades* a los novatos, a los líderes de dormitorio y sala de estudios, a los pusilánimes con un toque de arrogancia, a los listillos que esperaban presidir algún día el consejo de administración de alguna empresa de la familia, a los convencidos de representar al *gentleman* seguros de convertirse en oficiales del ejército o la marina, a los ambiciosos que dejando sus títulos soñaban con dominar una sesión de los Comunes; en pocas palabras, a la buena sociedad británica de finales de siglo. Allí comenzó a escribir el *Diario*, en inglés; luego, a partir de 1891, lo haría en alemán con expresiones en francés.

La experiencia escolar contribuyó a convertirle en lo que fue. Se formó como un genuino hombre de letras, consciente de que eso le conducía a ser alguien especial para la gente de su clase. En los roces con sus compañeros de clase descubrió un mundo de gestos y rechazos empeñado en recordarle su singularidad; nunca se amedrentó. Estaba dispuesto a ser como había decidido, y esa firmeza que reclamó para su vida e incluso para sus inclinaciones eróticas fue el impulso tonificante que le hizo renunciar a los deseos adolescentes sobre las mujeres de la alta sociedad. Fue un gesto importante, ya que de ese círculo procedía su madre, de soltera Alice Harriet Blosse-Lynch, nacida en Bombay el 17 de julio de 1844, ya que su padre Henry Finnis Blosse-Lynch servía por entonces en Ras, India. El estilo de vida de la madre, una beldad del gran mundo, irlandesa de sangre, británica de educación, le plantea al joven Harry (tenía 12 años cuando llegó a Ascot) la trascendental idea de que la familia no se elige, de que asumir lo que uno es desde la cuna va más allá de una decisión personal, y que por tanto constituye una elección entre posibilidades, esperanzas, valores, pruebas y lenguajes que le encajan en el mundo.

El mundo visto desde la perspectiva cosmopolita de su madre Alice no es el mismo mundo que se percibe desde la perspectiva de su padre Adolf Wilhelm, natural de Hamburgo, educado en el seno de una familia de banqueros a la que, por servicios al imperio, el káiser Guillermo I le concedió el título de conde en 1879. El mundo del padre no es el mundo de la madre; y, en su formación, Harry debió conjugar ambos. Por eso el siguiente destino fue el Gymnasium Johanneum de Hamburgo, donde realizaría el *Abitur*, el bachillerato. En suma, antes de cumplir los 14 años, Harry había experimentado la cultura en tres lenguas, francés en el liceo, inglés en el internado, alemán en la escuela.

En ese contexto ¿quién osa hablar de la imaginación creadora? A efectos prácticos, un joven de la alta sociedad en la década de 1880 tenía un porvenir asegurado siempre que no mirara en dirección a las vanguardias. El tono de vida de su clase social le exigía afinidad con las

formas de decoro que comenzó a valorar en sus años universitarios en Bonn, donde estudió Derecho pero también Historia del Arte. Así se forjó su personalidad en los actos de un adolescente viajero, cuya curiosidad se vio favorecida por un regalo en forma de vuelta al mundo en un lujoso transatlántico. Su estancia en Leipzig junto a Anton Springer, su contacto con el canciller Otto von Bismarck, le lleva a pensar que una cosa es lo que él quiera hacer con su vida y otra distinta lo que le obliga su condición de heredero del conde Kessler. Así, antes de terminar la universidad, ingresa en el regimiento de ulanos de Postdam: era el lugar idóneo donde podía seguir de cerca el estilo de vida aristocrático de las familias prusianas que residían en Berlín y que eran el principal apoyo del imperio de los Hohenzollern. Atender la *realpolitik* desde ese escogido observatorio, no le impidió expresar sus pensamientos sobre la sociedad con una franqueza poco común. El *Diario* recoge muchos de esos comentarios donde se habla sin tapujos de los prejuicios morales, se alude a la homosexualidad de algunos célebres miembros de la corte y se censura la deriva imperialista del régimen y el culto al militarismo. Un dato significativo de la trayectoria de Kessler en esos años es que fue capaz de simultanear su estancia en un regimiento de ulanos y su interés por las vanguardias artísticas, su aceptación en los círculos sociales más distinguidos y su derecho de criticar a la meliflua sociedad guillermina. Se le aceptó como lo que era; un personaje singular que hablaba entre canapé y canapé del nihilismo de Nietzsche como una corriente filosófica a tener en cuenta.

Los amigos que le inician en el mundo de las vanguardias artísticas son Hugo von Hofmannsthal, Henry van de Velde, Richard Strauss, Auguste Rodin, Paul Verlaine, Jean Cocteau, Aristides Maillol; además Nicolas Nabokov, Hermann Keyserling, Thomas Mann, Vátslav Nizhinski, Serguéi Diágilev, Albert Einstein, Annette Kolb, Ida Rubinstein o Walther Rathenau. Gracias a ellos madura su vida de esteta entre París, Berlín, Weimar y Londres con habituales escapadas a Italia, Grecia, Extremo Oriente y América. El efecto de las vanguardias le significó el

triunfo del yo sobre las inhibiciones, las costumbres o las normas propias de su condición social. En el *Diario* se advierte ese cambio de actitud, pero también en los libros que publica en esos años como su bello *Notizen über Mexico*, resultado de las impresiones recibidas en su estancia en ese país. Y por supuesto en la imagen que quiso dar de sí mismo, que consiguió con la ayuda de su amigo, el pintor noruego Edvard Munch, quien en 1906 le haría el que al cabo sería su retrato más conocido, de pie con bastón y sombrero blanco de ala ancha.

Ese cambio lo convirtió a los ojos del poeta Richard Dehmel en el autor de la memoria de una época. Opinión que afectó tanto a Kessler que el 16 de junio de 1933 anotaba antes de visitar a Guy de Pourtalès en París: “Hace exactamente 53 años comencé este *Diario*”. En ese momento fue consciente, quizás por primera vez, que sus anotaciones le habían ayudado a superar lo que Walter Pater llamó las heridas de la experiencia. Eran unas anotaciones escritas con total libertad inmediatamente después de una conversación, una lectura, una visita al museo o una asistencia al teatro. Sus comentarios traspasan las tradicionales fronteras entre disciplinas, y apuntalan su personalidad al esforzarse por entender ideas diferentes a las suyas. El *Diario*, por tanto, había creado la unidad existencial que le faltó en la vida real, escribe su biógrafo Peter Grupp. Eso queda claro en las confidencias sobre sus relaciones personales, sobre el tipo de amor que tuvo con los “amigos íntimos” o con la mujer a la que respetó más que a ninguna otra (salvo a su madre), y que tal vez quiso, Helene von Nostitz: de soltera Helene von Benckendorff-Hindenburg, sobrina del mariscal de campo Paul Hindenburg; ejemplo perfecto de *salonière*, a quien Rodin dedicó un bello busto y que destacó entre las grandes damas de su tiempo por el exquisito cuidado que puso en su libro autobiográfico *Aus dem alten Europa* (En la vieja Europa) a la hora de describir el mundo de una clase social en trance de desaparecer. Harry y Helene vivieron su relación como un acto no de desesperación, sino de descubrimiento de sus respectivas almas, y la renuncia a seguir juntos les dejó el gozo del recuerdo, y no el residuo de la melancolía.

Alrededor de 1905, al comienzo de lo que se ha dado en denominar la década cubista, pocos europeos de la alta sociedad suscribían el ideal de las vanguardias, que seguían siendo una corriente minoritaria. Hasta el propio Kessler recibió presiones de sus amigos y jefes militares para que viviera y vistiera según las pautas tradicionales. Sin embargo, las vanguardias ya habían dejado su impronta en él, se sentía atraído por lo que Margaret MacMillan califica como actos de rebelión, es decir, por el renovado vigor con el que se profundizaba en la estructura de las cosas y no en su apariencia. Las vanguardias llegaron a la cultura dominante y comenzaron a cambiarla gracias a la pintura de Munch o Picasso, al ballet de Nizhinski y la música de Stravinski, a las novelas de Proust y Musil, a la poesía de Apollinaire, y así un largo etcétera. Esto explica por qué Kessler y sus amigos tuvieron la sensación de que esos años en verdad eran una belle époque. Asistía a un recital de poesía en un café, a obras teatrales de bajo presupuesto pero de excelente texto, a cenas donde se debatían nuevas ideas. Su trabajo en la revista *Pan* de Berlín no le impedía reunirse con Hofmannsthal para escribir el libreto de *El Caballero de la rosa*, al que pondría música Strauss. Era una vida intensa y agradable, de continuos viajes en un mundo sin fronteras, sin pasaportes, ni visados. Abierto. Muchos consideraban que el triunfo de las vanguardias contribuía a que la década cubista se percibiera como un periodo prometedor; mientras que otros comenzaban a hablar ya de cierto desmoronamiento.

En septiembre de 1905, el escultor vanguardista Aristides Maillol, influido por el grupo Nabis, le sugirió a Kessler ir al Gran Palais de París para visitar el Salon d'Automne. Allí podían discutir las teorías de Gauguin a favor de la pintura de colores planos y puros. El objetivo del salón era mostrar a jóvenes pintores comprometidos con la ruptura de las barreras de la pintura. Kessler y Maillol no se interesaron tanto por Matisse y el fauvismo que nació en ese momento, sino de los más de treinta cuadros expuestos de Cézanne. Con él pudieron entender la vía de renovación que llevaría a Picasso y a Braque, es decir al cubismo. En

poco tiempo unos artistas jóvenes y de gran talento, Gleizes, Delaunay, Severini, Leger, Feininger, Russolo, Gris, declararon que el cubismo era el único arte apropiado para el siglo XX. Era el triunfo sobre los cánones clásicos. El poeta Apollinaire asumió la misión de explicarlo. No servía de nada repetir lo que se había hecho en otras épocas, el interés por el *revival* del gótico había acabado.

El día que Kessler acudió al Salon d'Automne ganó muchas batallas artísticas. Reconoció ante Maillol que las vanguardias tenían una fuerza demoledora; y aceptó la idea –la sensación– de que para muchos ese tipo de arte reactivaría la idea de la confusión. De hecho, muchos críticos hablaron tras el salón de 1905 si eso que allí se exponía era arte, y si lo era a qué disparatada clase pertenecía. En aquel momento, la ruptura de las normas de una forma de arte concreta (pasar del impresionismo al cubismo) resultaba ya tan arriesgada que pocos imaginaban que el debate se centraría en la idea de la confusión. Aunque los adeptos a las vanguardias dieron un paso adelante, Kessler sabía que era preciso aclarar el asunto de la confusión si se quería que el arte del siglo XX tuviera la misma consideración que, por ejemplo, el del XVI. A los pintores y a los escultores (eso valía también para Rodin y Maillol) no les interesaban mucho las disquisiciones filosóficas, cuya temática les era por completo ajena. Por eso Kessler no partió en esta ocasión de un filósofo como podía haber hecho con su admirado amigo Nietzsche, sino de un novelista. Consideró lo que había escrito Robert Musil sobre la *Verwirrung* (la confusión) en su relato sobre la educación militar en *Las tribulaciones del estudiante Törless*; y concluyó que la confusión era un signo de la época, tan privativo como la soledad lo era para el poeta Rilke, a quien frecuentaba en su estudio del Hôtel Biron. En una sociedad en que prevalecía el control del conocimiento, las obras de arte que lo cuestionaban parecían el resultado de la confusión de la época. Había que darle la vuelta al argumento. Esas obras de arte provocaban confusión porque obligaban a pensar en soluciones no previstas en el orden canónico. Los críticos estaban sobrepasados. El arte respondía

a un mundo vital en profundo cambio. Las protestas sociales llamaron la atención porque el rostro de sus protagonistas era irreconocible, lo mismo que ocurría en un retrato cubista; las masas organizadas en las luchas callejeras soterraban al individuo, como los cubos geométricos la representación. Por tanto el arte moderno reflejaba la tensión de una época que quizás no era tan *bella* como se había creído. Las masas eran fruto del mismo presente y, al igual que para la física supuso la teoría de la relatividad de Einstein, representaban una amenaza subversiva a la tranquilidad de la sociedad burguesa. Kessler tenía la sensación de presenciar una experiencia espiritual renovadora y se alarmó al ver la reacción que provocaba la posible relación entre el arte de las vanguardias y los movimientos de masas. Esa alarma explica, quizá, que las vanguardias no penetrasen más en las costumbres de provincias. En una sociedad donde brillaba el control jerarquizado, no podían gustar las obras de arte que sugerían derruir todas las ataduras y principios de autoridad. Las vanguardias comenzaron a perder simpatizantes a medida que se consolidó la idea de que el arte moderno triunfaría tras un profundo cambio social: a los conservadores nunca les habían convencido del todo; a los libertarios y anarquistas les preocupó que fueran la pantalla creada para ocultar la corrupción. Hasta ese extremo llegó la confusión entre 1905-1914. Aún el europeo era capaz de cincelar su personalidad con la cultura y recibir a través de ella motivos para una vida mejor, pero en cuanto vehículo de sus propios recuerdos se estaba perdiendo irremediabilmente. Piénsese en la descripción de esos años realizada por el novelista Marcel Proust sobre el alcance del *temps perdu*, al que convirtió en el principal objetivo de su búsqueda. Precisamente por eso evocó una época que se esfumaba al sentirse atraída por un futuro que invitaba a situarse lejos de Europa, de su *douceur*, vale decir, de su cultura.



La emergencia de la guerra resulta curiosa y extraña. Fue el efecto de una dinámica de destrucción, sentenció el reputado historiador Alan Kramer; para otros simplemente de los intereses de la industria pesada del armamento. En todo caso, ¡qué persistencia en buscarla! En los últimos tiempos los especialistas suelen decir que más que preguntarse por la guerra quizás habría que saber por qué fracasó la paz. Es verdad. Todavía nadie se explica ese suicidio colectivo, esencialmente porque la lógica que condujo a la guerra fue la fatal aceptación de que no fue posible la paz. La clave parece estar en el perfil de los personajes que lo hicieron. Eso basta para indicarnos cuán más cerca están las decisiones humanas del error que del acierto. La sucesión de acontecimientos que llevó a la destrucción de Europa fue una inocua suma de agravios y resentimientos entre las naciones estimulada por individuos a los que los libros de historia dedican sus mejores páginas con la intención de justificar sus decisiones. Incluso se revisan sus memorias, donde tratan de explicar su postura ante los acontecimientos. Pero en verdad resulta difícil atacarles, por no decir inútil. Desvelar su miseria a día de hoy es tan inútil como quejarse del calor en el trópico. En última instancia, –es verdad– son unos fatuos, que decidieron hacer historia como otros hacían pasteles en las confiterías de barrio. Y eran así porque, según Kessler que los conocía bien, un día cualquier decidieron vivir en el escenario en el que se toman decisiones. Se pusieron el chaqué y nunca más se lo quitaron. Era su modo de vencer su complejo de inferioridad ante los deslumbrantes uniformes de los mariscales de campo que les miraban siempre sobre el hombro. Desde que Barbara Tuchman pensó que el rasgo privativo de esos años fue la *torre del orgullo* erigida por los líderes políticos para satisfacer la codicia de sus naciones, parecía claro que a los europeos entre 1905-1914 les obsesionaba la guerra como un acto patriótico, como se decía entonces. La guerra, una forma de hacer política por otros medios, que estaba a punto de convertirse en el hecho total de una civilización. La lectura del *Diario* permite hacer algunos matices sobre este punto.

Primer matiz: aceptar las vanguardias era formular una pregunta para la que no hubo respuesta, ¿por qué los europeos se quisieron hacer semejante daño a sí mismos y al resto de los habitantes de la tierra? Cuando una sociedad se encoge de hombros y acepta con resignación que un hecho es inevitable y luego habla de la necesidad humana para justificar su actitud, vemos un ejemplo de los que consideraron necesaria la guerra. Otro matiz: las crisis de esos años en Europa –crisis bosnia de 1908, segunda crisis marroquí de 1911 y conflictos de los Balcanes de 1912 y 1913– hundieron sus raíces en el sistema de alianzas forjado por las cinco potencias que desde el siglo XVIII dominaban el concierto internacional: Inglaterra, Francia, Austria, Prusia (luego Alemania) y Rusia. Un último matiz, la falta de imaginación para prever los efectos de un conflicto mundial. Cuando un país acuerda con otro una ayuda mutua en caso de ataque y empieza a actuar sin control confiando que el pacto le blindaba ante cualquier decisión que adopte, incluso el asesinato, vemos un ejemplo de los que consideraron necesaria la guerra para solucionar los problemas entre naciones.

La Gran Guerra puso a Europa en manos de una ideología bélica, que otorgó a la industria pesada del armamento una influencia sin precedentes, y modeló todos los aspectos de la vida social. Se convirtió por tanto en un asunto importante para los intelectuales y, en ese terrero, el *Diario* de Kessler es un relato personal y juicioso de lo que significó ese conflicto en la conciencia de los europeos cosmopolitas que miraban con desdén los sentimientos nacionales. El hecho de que no cesara de tomar notas en las trincheras mientras caían los obuses a su lado o pasaban las ráfagas de ametralladora sobre su cabeza prueba que su interés trascendía la mera curiosidad: era un deber intelectual. En su calidad de oficial de Estado Mayor logra percibir la moral del combatiente y trata de explicarla como algo natural, humano, a pesar de ser testigo de actos deleznable, asesinatos de inocentes, saqueo de ajueres, destrucción de casas. Sus anotaciones son sumamente críticas con el alto mando y reflejan una sinceridad que difícilmente podría haber

expresado en público debido a su condición de oficial y caballero. Sus observaciones sobre la torpeza de quienes empujaron a Europa a los campos de batalla le lleva a coincidir con lo que dijo Thomas Mann “la guerra es la salida cobarde para los problemas de la paz”.

El fallido plan de ocupar Francia en varias semanas, el peor fracaso de una invasión realizada por un alto mando, permitió la consolidación de una línea estable de trincheras, que con el tiempo fue la tumba de centenares de miles de soldados. La reacción ante este penoso fiasco fue lenta y cobarde. La atención de Alemania se centró en el segundo frente, el frente del este con Rusia como enemigo, en parte porque la ocupación de Prusia oriental era un espectáculo dramático, y en parte porque ese frente estaba en suelo alemán, como recordaban a los berlineses los carteles estratégicamente colocados en las plazas principales de la capital. La debacle estratégica anunciaba un atroz resultado táctico. En este punto se centran las anotaciones del *Diario*, al describir las situaciones límite o las paradojas de mundo donde a menudo “la comida era escasa; mientras que el champán era abundante”. Todo apuntaba a un alto mando incapaz de planificar y ejecutar correctamente el suministro a las tropas. La escasez de alimentos o la falta de munición creó una imagen de Alemania como potencia fallida. Era muy triste sobre todo para quienes, como Kessler, sufrieron a diario los efectos de esa incompetencia en las trincheras del frente belga o en las montañas de los Cárpatos. Desilusión y decepción. Rabia contenida.

Los comentarios sobre los hechos de guerra son también incisivos. Kessler intervino más de una vez para exigir, con poco éxito, gestos de humanidad. Se opone a que sean pasados por las armas unos jóvenes observadores acusados de espionaje; censura las atroces venganzas de las tropas por el miedo de los *franc-tireurs* en el frente belga. Sugiere que por ese camino la guerra se parecerá a una expedición de los hunos más que al avance de un ejército de un Estado moderno. La incapacidad del alto mando para frenar las atrocidades era un ejemplo escandaloso de lo que no se debe hacer y de cómo no debe hacerse. Era tan

evidente que, sin oficiales adecuados, los soldados iban a comportarse de esa manera, que las campañas formarían parte de una historia ridícula si no hubieran sido tan desastrosas. Se resiste a creer los motivos de por qué el ejército alemán actuó de esa manera. Y, en más de una ocasión, concluye sus anotaciones de campaña: Alemania se convertirá en un país deprimido cuando todo termine. La presencia de miles de cadáveres en las cunetas y en las trincheras no tenía otra explicación más que el alto mando había perdido el sentido de las cosas. Se podía decir que se trataba de una acción casi criminal. Habían enviado a decenas de miles de muchachos a una muerte segura, y nunca dieron la más mínima explicación. Es como atropellar a alguien y darse a la fuga. Los generales eran cobardes. Se comportaron como niños. La amargura que desprenden las anotaciones del *Diario* de estos años surge del mismo clima moral que dio origen a afamadas novelas escritas una vez se acabó la contienda, particularmente las descripciones de trazos vivos de *Sin novedad en el frente* de Erich Maria Remarque.

En el momento en que se deja fotografiar en los Cárpatos en un alto del fuego, Kessler ya sabe que la herida mortal que ha provocado la guerra es demasiado profunda como para posibilitar una pronta recuperación. Se ha afeitado el bigote como prueba de que el futuro no tendrá nada que ver con el pasado; también ha perdido seguridad en sí mismo. Nunca se le vio tan deshecho como el día que regresó a su casa de Weimar tras cuatro años de ausencia. Allí estaban sin tocar sus objetos, como fantasmas del pasado. Era un paisaje descorazonador. De repente se dio cuenta de que había llegado hasta allí poco preparado, tal vez incluso muy cansado, afectado por las noticias de los amigos fallecidos y por la sensación de hastío por una guerra que jamás debió haber comenzado. Se sintió mal al contemplar libros, figuras de porcelana, cartas, porque vio como se aferraba todavía a alguno de ellos, como se suele hacer con los objetos que no estamos del todo dispuestos a desprendernos ya que con ellos se va un trozo de nuestra vida. Se quedó pensativo y anotó: “era como una especie de sensación flotante que,

como una pompa de jabón, reventó y desapareció de súbito sin dejar rastro, en cuanto estuvieron a punto las fuerzas infernales que borbotaban en su seno”.

Las proyecciones de cuatro años de guerra sobre el presente son una faceta importante del *Diario* de Kessler. Los recuerdos de una guerra ya lejana distorsionaban, en sentidos muy diversos y a menudo extraños, el significado de los acontecimientos del otoño de 1918. Tiene la firme decisión de no detener la vida, de afrontar el futuro con energía. Durante algunas semanas le da vuelta al problema de lo que significa para Alemania el armisticio que propone la Entente y todo eso. No duda en señalar que “no nos encaminábamos hacia una paz sólida, sino hacia una nueva guerra”. Sin embargo, no puede dejar de moverse en la política. Decide seguir la vía de los acontecimientos, ya que está convencido que ha llegado a un final de su vida pero que no es necesariamente *el* final. Los grupos de nostálgicos no le atraen, a pesar de que allí deja muchos viejos amigos, son una equivocación marchita. Mientras, resultan estimulante las noticias del cambio de gobierno. Deja la casa de Weimar con sus objetos y se instala en un apartamento en Berlín. La historia le sale al paso de nuevo. Y acude a su encuentro.



En noviembre de 1918, con 50 años cumplidos, Kessler se enfrenta a la posguerra en Berlín, la ciudad que se dispone a vivir con dramatismo el final del imperio alemán. Durante dos largas décadas había deseado ser un esteta objetivo y no un diletante aristócrata; trabajó duro para no identificarse con la forma en que su clase social valoraba el arte, la música o la literatura, pues él no las veía como un toque de distinción sino como la razón de ser de la cultura europea. Pero, en ese noviembre todo se giró en sentido contrario, sin que tuviera tiempo para analizar sus motivos, debido a las manifestaciones y luchas callejeras entre los espartaquistas y los *Freikorps*, los cuerpos de voluntarios. Ese fue el telón

de fondo de la decisión que le marcaría el resto de la vida: Kessler optó por intervenir en política. Y lo hizo con el entusiasmo que antes había tenido en la vida cultural. Quizás porque lo que Alemania necesitaba entonces era que la política formara parte de la cultura. Llegamos así a una parte importante del *Diario*, un aspecto que va más allá del testimonio personal, pues lo anotado desde noviembre del 1918 en adelante es una reflexión en profundidad sobre la forma de ser alemana.

Kessler necesitó encontrar las palabras para expresar la sensación de tener que reconocerse él mismo en esos individuos que se agitaban en las calles a favor de una causa o de otra. Esa clase de identificación resulta obligada en casos extremos como los que vivió en esas semanas. Antes de la guerra jamás se encontró en semejante encrucijada, pero en noviembre de 1918 todo era nuevo, demasiado nuevo. Y aunque no le gustaba reconocerlo debió de admitir que la agitación social en Berlín quizás era el efecto de la conciencia terminal de la civilización alemana. En muchos pueblos la derrota provoca un tiempo desorientado, pero en el pueblo alemán constituye el pretexto para una lectura universal de la historia. La derrota se mezcla con todo y domina todas las cosas con una energía colectiva que la hace capaz de los mayores excesos.

La visión del mundo que se apoderó de Alemania en noviembre de 1918 debe mucho a la desmesurada lectura de aquel tiempo propuesta por Oswald Spengler en un libro publicado en 1914 con el título *Der Untergang des Abendlandes*, literalmente el hundimiento de las tierras de poniente, pero que entre nosotros se conoce como *La decadencia de Occidente*. Se discutió lo suficiente para pensar que la revolución en Berlín tuvo mucho que ver con la teoría del hundimiento de las tierras de poniente. Todos los espíritus mediocres que salieron a las calles para arengar a las masas estaban atiborrados de esa idea, los que la convirtieron en credo y los que la combatieron hasta el final. Ambos grupos no coincidían más que en dar un golpe de Estado para poner fin al imperio.

La tesis del hundimiento como resorte del estallido revolucionario en las calles de Berlín encuentra en el *Diario* un sólido apoyo. Existió en

la práctica de esas semanas una complicidad entre la sensación de que se estaba al final de un ciclo vital y la idea de la decrepitud de una forma de cultura en Alemania. Dejando las mesas donde se habían emocionado con la descripción de las ocho civilizaciones históricas precedentes a la actual (babilónica, egipcia, china, india, precolombina, grecorromana, medieval y mágica), muchos lectores acudieron raudos a las calles para comprobar la verdad de esas imágenes literarias o para desmentirlas. Los primeros se apoderaron de las calles convencidos que la raza y el espíritu estaban llamados a demoler los valores de la civilización europea representada por la Entente; sus adversarios (sus enemigos si tenemos en cuenta las numerosas muertes) pensaban que tras el hundimiento había un bien social que sólo ellos garantizaban: la liberación de la clase obrera.

Kessler se vio en medio de estas dos fuerzas que inevitablemente tenían que chocar. Se opuso, sin éxito, a que el libro de Spengler recibiera el premio Nietzsche que concedía Elisabeth Förster; argumentó para ello que la idea de hundimiento no tenía nada que ver con la tesis del superhombre como regenerador del espíritu alemán; y al mismo tiempo se alejó de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg, los líderes de Spartakus, de su pretensión de señalar a la sociedad el bien social que deben aceptar. En esos días, el *Diario* se llena de comentarios sobre la lucha armada como medio de hacer política mientras su mirada mide a la multitud que se echa a la calle, buscando los motivos que se esgrimen para las huelgas y las manifestaciones. Sabe que es preciso mantenerse distante, pero comprometido; y sobre todo que debe captar el momento clave de los gestos que se pueden convertir en la repetición de los sucesos de Moscú un año antes. Con este estado de ánimo, consigue una precisa descripción de los acontecimientos en Berlín entre finales de 1918 y comienzos de 1919.

La nostalgia cargada de misantropía de algunos de sus viejos amigos es para él un riesgo a evitar. También la sumisión al poder que en esos días de intensas algaradas fue el origen de muchas vulgaridades y

de algún que otro ridículo. Sigue creyendo en las posibilidades de Alemania y no le importa que le nombren embajador plenipotenciario en Polonia con el arduo cometido de repatriar las tropas allí acantonadas. Su patriótica disposición será un gesto bastante comentado y un poco criticado.

En noviembre de 1918, Kessler, como todos los hombres públicos alemanes, se sometió a una difícil catarsis personal; convirtió la sinceridad en credo y se forjó una carrera en los intersticios que dejó la izquierda al fundarse el Partido Democrático, en el que llegó a militar. Se le conoció como el *conde rojo* entre los suyos y sin embargo –en cuestiones de pacifismo, educación y conciencia social– progresista entre liberales. Con su mentalidad de cosmopolita y de hombre de mundo disfrutaba de unas relaciones que se extendían hasta lo más alto de la escala social en Berlín, pero también en Londres o París. Aunque fue un apasionado defensor de la República de Weimar, persistió en mantener su crítica a las graves fisuras de la Constitución, por ejemplo la posibilidad de crear gobiernos con minorías mayoritarias. Kessler se movió con cierta dificultad entre los revolucionarios de la calle y los teóricos de la academia, entre los valientes que dieron su vida por una causa, como su amigo Walter Rathenau y los pusilánimes que se escondían cada vez que había peligro, entre los comprometidos por la nueva Alemania y los nostálgicos del viejo régimen. Nunca tuvo el fervor del fanático, ni la displicencia del pusilánime.

En noviembre de 1918, Kessler trata de comprender el empeño de las masas de desligar la acción de la cultura en sus conversaciones con Walter Rathenau y a través de él con una figura clave de la República de Weimar, Max Weber. Las masas pretendían situar la lucha de clase en un pedestal ante todo el pueblo alemán desorientado por los efectos del armisticio y las noticias sobre los acuerdos firmados en Versalles, presentando esa lucha como el símbolo del cambio hacia una era prometedora para el proletariado. Algo semejante proponían los nacionalistas, cuyo pedestal era una nación que había sido engañada y un ejército que

fue apuñalado por la espalda. *Der Dolchstoss*, la puñalada, es la expresión del descontento, de la ira. Es un ambiente que incita a morir de tristeza, lejos de las personas y cosas que realmente importan de verdad, representando tan solo las ideas y convicciones de conspiradores, distorsionado por la mirada de éstos.

Kessler descubre la gravedad del momento al ser nombrado embajador en Polonia para solventar la cuestión del regreso de las tropas. Asume el encargo sin la menor vanidad intelectual, consciente de lo que se espera de él, su habilidad para comunicarse con las personas, con las naciones. La misión en Varsovia le ofrecía la oportunidad de poner en práctica unas maneras que antes le habían servido en el campo del arte, la literatura y la música. Con esos principios, se dispuso a escuchar los argumentos de los demás a fin de llegar a acuerdos. Desde el inicio tuvo que enfrentarse con la constante queja de los políticos de la Entente; se rechazaba su mediación e incluso su nombramiento. Se le apartó del cargo tras una serie de críticas en algunos periódicos cercanos a la Entente. Nadie salió en ayuda de ese linchamiento intelectual cometido por hombres honestos que ven peligrar el modelo con el que en su gran ilusión quieren acabar con las guerras para siempre, se llame Sociedad de Naciones, control del Sarre por Francia, pago de las reparaciones de la guerra, derecho de autodeterminación de los pueblos y un sinfín de ideas fuertes que constituyeron el alma de los acuerdos de París de 1919, durante los seis meses que cambiaron el mundo.

Difícil situación para Kessler. En última instancia es un refinado conde alemán, que ha decidido hacer de político de izquierdas mientras la mayor parte de sus amigos se orientaban hacia el nacionalismo. Y lo ha decidido en parte porque no puede aceptar el tratado de Versalles firmado el 20 de junio de 1919, totalmente convencido de que no era la solución que Europa necesitaba; y en parte porque aún esperaba realizar la acción que justificara su vida. Creyó que quizás esa acción estaba en mantenerse firme en su rechazo al gobierno mundial propuesto por la Entente en forma de Sociedad de Naciones. En la espera, se ocupa-

ba a menudo, pese a su edad, a censurar las propuestas del presidente Wilson y de Clemenceau y en menor medida de Lloyd George. Se reveló ingenuo en este momento, pero en sus discursos ante las asambleas internacionales a las que a menudo le invitaban había una elegancia de fondo y una declarada actitud contra eso que comenzaba a denominarse el vitalismo ario. Lo hacía un poco como el hombre de mundo que seguía estando dispuesto a cualquier declaración rebuscada que pudiera favorecer su rechazo a los populismos que facilitaban la tarea de los demagogos nacionalistas. Sabía que lo esencial era sostener los valores cosmopolitas. No se trataba de criticar por el gusto de hacerlo; sino de buscar soluciones. En su opinión el peor filisteísmo era el que afecta a la vida cultural y que atrapa a la sociedad en una actitud de miedo y de desprecio por los demás.



Aire de Berlín. Años veinte. Kessler se paseaba por la antigua capital del imperio como si fuese un extranjero. No paraba de anotar en su *Diario* las cosas más notables, junto a las citas con sus amigos en los restaurantes de moda, casi siempre vinculados a un hotel. He aquí un mundo un poco banal, un mundo en que la mayoría de los dirigentes políticos serían considerados personajes secundarios en una reunión cultural de la belle époque, pero que ahora dominan a una sociedad cruelmente privada de la terapéutica voz de una intelectualidad crítica; un mundo que había situado al cabaret en el centro de la vida cultural. Todo parece relacionarse con él. En primer lugar, el teatro de Frank Wedekind o Bertolt Brecht y la música de Kurt Weill o Alban Berg que llevan al escenario los barrios bajos donde pululan personajes fuertes y subversivos que en el caso de las mujeres se muestran sexualmente voraces como Lulú; luego el cine, donde se tramaron las formas irreales de la *femme fatale* por medio de la equívoca belleza de Marlene Dietrich; finalmente la pintura que con George Grosz registraba el desarraigo de la gente que creía ver

en esas imágenes sus propias heridas psíquicas provocadas por el malvado capitalismo de la Entente.

El populismo no tardó en aparecer. Su influencia social se percibía en los mítines o en las manifestaciones amenazando con arrastrar a la sociedad a una situación de no retorno. No era un hecho puntual que venía a turbar la historia de Alemania, era más bien la manifestación del nuevo carácter dominante –la rebelión de las masas– que se había injertado en la historia para transformarla para siempre. Se encontraba en todas partes, en los comunistas que mantenían el tono de Spartakus, en los antiguos militares que deseaban el retorno del káiser, en los *camisas pardas* (SA), la fuerza de choque del nacionalsocialismo.

Entre las muchas virtudes de Kessler no estaba la de convencer a la gente con sus advertencias: jamás logró imponer una idea sobre el peligro que acechaba. Desde 1923, tuvo claro que el *putsch* de generales desafectos, como el de Ludendorff en Munich, dejaría paso a una forma de revolución que aprovecharía los intersticios que dejaba el sistema democrático alemán de controlar un Gobierno con mayorías simples. Tras asistir a la reunión de Rapello donde se volvió a tratar de nuevo las reparaciones de la guerra, anotó estar convencido que Alemania se movía hacia un mundo desconocido y de que todo esto terminará en un naufragio. Sin embargo, se resistía a creer en ese final. Pensaba que las nuevas tendencias revolucionarias aún podían conjurarse recurriendo a una política de izquierda democrática. A veces confiaba en ese camino; otras se mostraba muy crítico. Pero el tiempo transcurría y no se apreciaba ningún cambio de las potencias vencedoras. La ocupación del Sarre por tropas senegalesas enviadas por Francia fue un duro golpe en sus deseos de creer en una solución democrática que evitara el triunfo de los movimientos populistas, a los que cada vez más se les veía su tono totalitario.



El populismo de los años veinte se hace hegemónico en Alemania tras el crack bursátil de Nueva York en septiembre de 1929. La cuestión era saber si la democracia lograría sobrevivir a la presión de las masas tras el fuerte rebrote de la inflación. Los primeros indicios no eran muy halagüeños. Una gélida ceguera comenzó a dominar al pueblo alemán. El 15 de septiembre de 1930, “día negro para Alemania”, Kessler tomó conciencia del momento crítico de la historia de su país, tras analizar los resultados de las legislativas al Reichstag en las que el partido nazi había multiplicado por diez su representación parlamentaria. “Crisis de Estado”, anotó en el *Diario*. Pero, ¿qué le llevaba a pensar así, además de las delirantes teorías que los nazis esgrimían para salir de la crisis económica y por añadidura de los dictados del tratado de Versalles? ¿Qué perturbaba tan poderosamente el espíritu de este hombre que tenía la particularidad de expresar en cada una de las anotaciones de su *Diario* una personal crónica de la vida europea a comienzos de los años treinta? Era el *oscurantismo*, como reconoció en una anotación tardía del 14 de agosto de 1932.

Durante los tres años, 1929-1932, que duró el asalto al poder del NSDAP, Kessler se había convertido en un ilustre intérprete del porvenir del nazismo, primero en las masas del proletariado lumpen, luego en los círculos de la Administración y el ejército, finalmente en el seno de la alta sociedad a la que él mismo pertenecía. Anotó todos los pasos que consideró relevantes del proceso, incluidos los desfiles nocturnos con antorchas o las manifestaciones multitudinarias. Fue el testigo de cargo más lúcido sobre el hecho de que el nacionalsocialismo estaba secuestrando la cultura alemana en beneficio de una causa criminal. Suya es la observación de que mientras los comunistas y los socialistas, e incluso los demócratas, hablaban todo el tiempo de crisis económica, Hitler y los suyos hablaban de símbolos, historia y emociones. El *Diario* durante estos años se debate, se agita y sufre al nivel de esa cultura secuestrada que, como se ponía de manifiesto todos los días en las calles de Berlín y otras ciudades de Alemania, era el camino hacia la im-

plantación del totalitarismo nacionalsocialista. De ahí su amargura, su abatimiento, su sentimiento de derrota. Cada día recibía la noticia de los amigos que se habían dejado embaucar por los nazis; unos porque desearon pasar de las charlas de café a las confidencias en las antecámaras de cualquier ministerio; otros simplemente porque transformaron el amor a la patria en atracción fatal por los ideales de los demagogos de la cruz gamada.

Kessler anota en su *Diario* el sentido de esta decepción para no olvidar y para que no lo olvidemos quienes ahora le leemos. De ahí la admiración y la gratitud de muchos lectores por hacernos entender de primera mano lo que significó el secuestro emotivo de toda una nación. Estas decisiones laceradas pudieron ser las nuestras; su narcosis es el desgaste por el efecto de la propaganda. Más que la novela de Mann, el *Diario* de Kessler merece el título de fáustico. Porque ante el peligro que advierte para la cultura alemana, se remite a Goethe. Kessler se ve como Fausto ante un *Augenblick*, un momento donde todo lo que se ama es arrebatado por *das Rauschen der Zeit*, por el bullicio del tiempo, vale decir por el torbellino de los acontecimientos. Y al igual que el viejo sabio, cuyo tiempo ha pasado, es consciente que ha perdido la apuesta, y que su país se encamina inexorablemente al abismo. Lo sabe del todo al ver a su amiga Helene von Nostitz fascinada por la cruz gamada. No cree ya posible la regeneración de su país donde triunfa la impunidad de los políticos corruptos, el recurso a las pistolas contra la disidencia, el sótano de la tortura con nombre propio, Gestapo.

Asomado al precipicio del horror que percibe en el horizonte futuro (no se equivocó en nada), Kessler encuentra en su propia biografía un motivo de aliento. Ha cumplido 64 años y se siente como Ulises con la necesidad de viajar hacia su pasado para descubrir todo lo que ha sido traicionado por los nacionalsocialistas. Dispone su alma para revelar sus secretos. Sólo puede seguir viviendo si revisa lo que ha sido. Pero tiene aún dudas de cómo y cuando hacerlo. El azar le echa mano. El 7 de noviembre de 1932 asiste a una conferencia del escritor Pierre Drieu

de la Rochelle basada en el libro que acababa de publicar con el título *L'Europe contre les patries*. La medida de la salvación de Alemania podía estar en Europa. Y por eso acude con interés a escuchar a un hombre relevante. No sabe si en esta charla, al cabo, encontrará las respuestas que andaba buscando. Salió decepcionado. Anota en el *Diario*: “Drieu se perdió en manifestaciones complementarias y secundarias, como el dadaísmo, Breton o Aragon”. No se trata de una huida hacia posturas subversivas de la realidad, ni siquiera cuando anuncia el poder de la mente en el surrealismo porque el momento exige cultura más que ideas ingeniosas. De otro modo será difícil sacar del engaño al pueblo alemán. No quiere caer en la vieja tentación de trascender el tiempo; lo que propuso Rousseau en sus *Divagaciones de un paseante solitario*, una apuesta por la idílica vida de soledad y meditación ociosa, con “la sensación de existir en el nivel más simple”. Kessler prefiere seguir el consejo de Goethe en *Fausto* y opta por rehusar la tentación de trascender el tiempo. Ahonda en su mundo vital; se compromete con el futuro mostrando su pasado. Este principio gélido le permite fijar una idea básica: lo importante es la supervivencia del espíritu europeo en medio del naufragio de Alemania.

Los hechos le ayudaron a decidirse. Así, el mismo día, 30 de enero de 1933, que el presidente Hindenburg nombró canciller a Hitler, aceptó la propuesta de la editorial Ullstein de escribir un libro de memorias. Lo tituló *Gesichter und Zeiten: Erinnerungen*, rostros y vidas: recuerdos, y finalmente fue publicado en 1935 por la editorial Fisher de Berlín, que por entonces dirigía Peter Suhrkamp. La traducción francesa la realizó Louis Ulysse (Blaise) Briod y llevó el título de *Souvenirs d'un Européen: de Bismarck à Nietzsche*. Entre la desesperación y el recuerdo, Kessler escogió el recuerdo. Es la elección de los supervivientes. Se siente aliviado al abordar ese ejercicio de introspección porque su tiempo necesita más que nada un esfuerzo personal para no amilanarse ante el empuje de la impostura nazi. No propone una visión nostálgica del pasado ni de su propia vida; ni pretende comparar los viejos tiempos de la belle

época con los malos tiempos de su presente. Reconoce que sin riesgo la vida no tiene interés. Y se vuelca sobre sus años adolescentes, sobre la figura de su madre y sobre su educación en Inglaterra y Alemania.

El testimonio es la principal arma en esta recuperación de *su* pasado. Nos recuerda el hecho de que la Alemania anterior a la Gran Guerra era más aristocrática y militar que burguesa, y que la burguesía era en su mayor parte judía. Ese paisaje cultural se había roto con los nazis a base de fetiches sin fundamento. Ahí residía la dificultad de vivir en el país que ellos querían. Hasta el 30 de enero de 1933 había sido optimista, porque creía que el espíritu cívico es más fuerte que el miedo. A partir de esa fecha y hasta el 6 de marzo de 1933 se vio obligado a cambiar su sensación, a rendirse a la evidencia. Se había resistido durante meses a creer que Alemania caminaba hacia un Estado totalitario y que las quejas de los nazis no eran más que excusas para no aceptar que la Constitución de Weimar permitía gobernar con una minoría mayoritaria en el Reichstag. Pero el 6 de marzo de 1933 supo por fin que los nazis iban a desplegar una nueva concepción de la política. Y en ese instante se dio cuenta del verdadero peligro, hasta tal punto que quiso anotar la emergencia del totalitarismo bajo la máscara de las grandes frases y de los grandes desfiles.

Kessler anotó que la hegemonía del nacionalsocialismo puede conducir al país a una guerra con las potencias de la Entente. La cuestión era saber el verdadero alcance del poder de Hitler. Si se reducía a ser un poder sobre el aparato del Estado en su calidad de canciller del Reich, cabía la posibilidad de contrarrestarlo con otras fuerzas, el ejército o la diplomacia. Pero si en cambio se convertía en un poder sin objeto, en el liderazgo absoluto que como *Führer* algunos de sus allegados le proponían, entonces entraría en el círculo infernal que alimentaría su locura. Es lo que había descrito Joseph Conrad para su personaje, el señor Kurtz, en *El corazón de las tinieblas*. La cuestión a la altura del 6 de marzo de 1933 era conocer cuál de las dos opciones elegirían los nazis. Porque, en ese momento, ¿qué era el nazismo sino una continua y des-

bordante agitación de la sociedad civil, donde los sicarios de las SA, la policía del Estado, la Gestapo y la guardia personal del canciller (las SS) desempeñaban un papel tan funcional como los ministros y el resto de miembros del Gobierno? Kessler lo sabía como pocos, y lo confirma su decisión de salir del país cuando se le advirtió de que estaba en una de las listas negras de las SA. Ni sus contactos con la alta sociedad ni el ejército, del que era un eminente reservista, podían garantizar su seguridad.

Por primera vez en su vida, este noble alemán sintió el aliento del peligro en su nuca. El miedo era la marca de las acciones en la calle del nacionalsocialismo. El morbo totalitario les ha contagiado a todos. En apenas trece meses, los que van de marzo de 1933 a abril de 1934, el proceso de controlar el país condujo a anular el toque de distinción que había caracterizado el poder en Alemania desde mediados del siglo XIX, el respeto por los círculos de afinidad. En esos meses se comportaron como lo que realmente eran, unos sediciosos, que no debían disimular la crudeza de su poder. Por dicho motivo cualquiera podía caer en sus represivas redes. Comenzando por sus propios miembros. He aquí el motivo de fondo que condujo a los hechos del 30 de junio de 1934, *la noche de los cuchillos largos*.

La sedición envilece la política a la vez que oprime al pueblo: habitúa a la gente a pisotear lo que antes respetaba, a cortejar lo que despreciaba. En ese ambiente Kessler quiere conocer, coincidiendo además con su exilio, la verdadera naturaleza del nacionalsocialismo. Recaba información de Wilhelm Abegg, jefe jurídico del Ministerio de Asuntos Exteriores, un hombre cercano a Konstantin von Neurath, por tanto de entera confianza de Abegg. Lo que le dice, y él anota en el *Diario*, describe perfectamente el complejo entramado doctrinal del nacionalsocialismo y señala que *la noche de los cuchillos largos* es comparable a la caída de Cómodo o al golpe de Estado del 18 de brumario. Pero informa también de los ensueños nocturnos de esos usurpadores que han sido legitimados por las urnas, que entre susurros intentan cambiar el orden del universo. A primera vista, su líder Adolf Hitler era un patrio-

ta iniciado en la juventud por Dietrich Eckart y por Karl Haushofer, y cuando alcanzó fama por Hielscher, *el mago negro*, en unas ideas que le trastocaron la mente más de lo que un narcisista perverso es capaz de soportar.

Kessler no podía dar crédito a esos informes, ya que aún mantenían viva la creencia de su etapa formativa de que el ridículo es capaz de destruirlo todo. Pero se dio cuenta al leer el perfil de Hitler que, en efecto, en esos años, el ridículo ya no destruía nada. Aquí entraba en uno de los *arcana* que encumbraron al NSDAP al poder. Uno de los principales elementos de fuerza política de los jefes nazis era precisamente el supersticioso temor al líder. En un informe de Abegg, Kessler descubrió que Hitler temía por su vida y por eso tramaba en secreto junto a Heinrich Himmler la creación de una organización a su entero servicio: las Schutzstaffel, las SS. No se fiaba de los radicales de las SA ni de los intrigantes que rodeaban al sinuoso (y morfinómano) Hermann Goering, segunda autoridad del Reich. Ese recelo lo convirtió en virtud, y así se dejó convencer por los planes místicos que prepararon el camino para la creación de la Ahnenerbe (Sociedad para la Investigación y Enseñanza sobre la Herencia Ancestral Alemana), orientados a ligar el nazismo con las fuerzas profundas descubiertas por la Sociedad de Vril, de la que Rudolf Hess formaba parte. Desde fuera, todo eso parecían delirios de personajes de segunda fila para justificar las ansias de poder del NSDAP; pero había algo en el ambiente que reflejaba esa inclinación iniciática que parecía advertirse en muchas de las decisiones de muchos dirigentes nazis. Otros en cambio se mostraban alejados de eso. Por ejemplo Magnus Otto von Levetzow Bridges, oficial de marina y jefe de la policía de Berlín miraba con desdén esos *cuentos* para muchachos desarraigados que sin embargo formaban las escuadras de combate callejeras, todos uniformados, todos gritando las mismas consignas, todos con la misión de amedrentar a la gente y vapulear judíos (luego fue peor). La escenografía proporcionaba un ambiente que iba más allá de una simple manifestación patriótica; algo más incluso que la presión

de carácter golpista promovida por el fascismo en Italia: proporcionaba la convicción entre la gente de que el nazismo era la regeneración de la raza aria.

Kessler tuvo conocimiento de ese oscuro concepto –regeneración de la raza aria– en una conversación en París con Hermann Keyserling, un famoso filósofo e historiador de las religiones. Keyserling le contó (y lo anotó en el *Diario*) cómo los nazis querían cambiar las formas de vida alemanas para dar entrada a la voluntad de poder como la principal fuerza creadora. En este punto se buscó la legitimidad al decir que esas ideas se apoyaban en la filosofía de Nietzsche, superchería que fue alentada por la hermana del filósofo Elisabeth Förster, mujer proclive a la adulación. Kessler, que la trató en varias ocasiones, veía en la apropiación de la figura de Nietzsche uno de los más claros indicios de la manipulación ideológica del nazismo.

Esos indicios y algunos otros filtrados por sus viejos conocidos del Ministerio de Asuntos Exteriores, los hombres que metió allí Rathenau, le sirvieron para realizar un intento de comprensión de lo que realmente significaba el nazismo para Alemania. Sucumbió a esta necesidad como un acto intelectual, no siempre bien entendido. Kessler buscó con afán saber sobre esa fuerza política que mediante las urnas y alguna maniobra legal se apoderaron primero del Gobierno y luego de toda Alemania. Dedicó tiempo a analizar los discursos radiados de Hitler, sopesar lo que había de la antigua tradición diplomática alemana y lo que era propio de él y sus afines; aceptó sugerencias e ideas de todos los que podían darle alguna información y lo priorizó por encima de buscar una salida a su difícil situación económica, que se agravó con el paso de los meses debido al embargo al que los ingleses habían sometido los bienes de su madre; tampoco fue acertada la decisión de residir en el barrio de la Bonanova de Palma de Mallorca, al margen de lo que pensara sobre ello su secretario particular en esos meses, el novelista Vigoleis; fue un error de cálculo motivado por la creencia tan alemana de que un paisaje puede sosegar el alma, la vieja herencia de Schiller

que sin embargo en el siglo XX no funcionaba ya, salvo para algún ensimismado. Y Kessler no era de esos: era un cosmopolita europeo que trataba de comprender con todo su bagaje cultura el hecho más extraño de su tiempo, la emergencia del nazismo en Alemania.

Tenía además profundos motivos personales, incluso sentimentales. Ya era de dominio público que Helene von Nostitz se había hecho nazi, ya que no tuvo el menor reparo en aparecer en la lista que el diario *Voss* publicó en octubre de 1933 de los poetas y escritores alemanes que juraron lealtad a Hitler. Entonces se dio cuenta de la profundidad del efecto seductor del movimiento. Había logrado seducir incluso a la genial autora de *Aus dem Alten Europa* (en la vieja Europa), el libro que en 1924 había iluminado a miles de lectores sobre el valor de la cultura europea; esa cultura forjada en la matriz del Renacimiento a la que el siglo XVIII dio su forma definitiva, sobre la que se construyó la grandeza y la dignidad del ser humano, en especial la manera de ser de la aristocracia cortesana europea, cuya visión de la vida era abierta y cosmopolita, políglota y alejada de la pasión nacionalista, una red de personas, no de territorios, *Menschen und Städte*, gente y ciudades, que es el subtítulo de sus bellas memorias. Y ahora la musa de todos ellos se pasaba al nazismo; nadie podía entender cómo podía dar ese paso *die grosse dame*, la gran dama, que les había enseñado que la cultura europea formaba parte irremediabilmente del pasado, que era irrecuperable, pero que en lugar de lamentar su desaparición como hacían sus elitistas epígonos era preciso preservarla en la memoria como un tesoro perdido. Sin embargo el paso lo dio quizás rendida ante la ilusión de que con el nazismo se podría alcanzar la raza del futuro de la que había hablado Edward Bulwer-Lytton, el célebre autor de la novela *Los últimos días de Pompeya*, en su no menos famosa *La raza futura*.

No era sin embargo esa sarta de fantasías de *viejos brujos*, por mucho apoyo (y dinero) que recibieran del Estado alemán, lo que asustó a Kessler. Con unos breves ajustes dialécticos las podía poner en su sitio, que era el de la necesidad. Le inquietaba, por el contrario, la ignorancia

indiferente de la gente ante los simulacros escenificados en las manifestaciones del partido.



Kessler, en su implacable mirada sobre Alemania, comienza a sentirse cansado de llevar la vida de uno de esos *emigrés* instalados en París a la espera de la caída de Hitler. Pierde el sentido del humor que le había caracterizado. Baste ver la crispación con la que sale del cine Rialto tras ver la película *Music in the Air*, prueba del terrible estado de ánimo por el que pasaba. Mientras la gran historia sigue su ineluctable curso, su pequeña historia de desarraigo se acrecienta con hechos como el del 20 de julio de 1935 en el que se subastan los enseres de su casa en Weimar, “una casa hecha con mucho amor” según anota en el *Diario*. La vida se le hace espesa, las noticias sobre ella escasean, las dificultades económicas se acrecientan. Le queda la satisfacción de valorar la buena acogida a la traducción de alguno de sus libros; y quizás el ambiente tranquilo de Palma de Mallorca, en cuyo puerto había desembarcado el 11 de noviembre de 1933, tras una peripecia que sin embargo dista mucho de ser la novelada por su secretario de esos meses Albert Vignoleis Thelen en *La isla del segundo rostro*: fue más prosaica. Pero todo eso ya no es suficiente para él. A finales de julio de 1935 la salud le obliga a marcharse de Palma, aunque antes de hacerlo deja a buen recaudo los cuadernos de su *Diario*. Sin decir nada a nadie los deposita en una caja de seguridad que alquila en un banco de la ciudad. Allí permanecieron escondidos. Nadie supo nunca de su paradero. Tampoco él lo comentó, más preocupado sin duda por su salud cada vez más deteriorada. Pero sucedió que en 1985 expiró el alquiler y el director de la sucursal, como es preceptivo, supervisó la apertura de la caja de seguridad que nadie había reclamada durante los cincuenta años de vigencia del contrato y de la que extrañamente se había extraviado el nombre del titular. Ante sus ojos apareció un tesoro. No era oro, joyas o divisas, sino algo infini-

tamente más valioso: varias docenas de cuadernos en piel, escritos en inglés y alemán con una letra sobria y apretada pero legible. En España no se le prestó demasiado interés. No así en Alemania, Inglaterra, Francia y los Estados Unidos. Lo que se había encontrado eran los cuadernos, considerados irremediabilmente perdidos, de los primeros años del conde Harry Kessler, desde 1880 hasta 1918; incluidos, como no, los referentes a la Gran Guerra. Tras la inicial sorpresa, se puso en marcha la maquinaria de recuperación de ese riquísimo patrimonio. Se depositó en el archivo de Marbach y se decidió su estudio y edición, como debe hacerse. Los cuadernos hallados en Palma complementan a la perfección los que ya se conocían del periodo 1918-1937 y habían sido publicados en 1961. Le ofrecía al *Diario* una mayor profundidad, hasta convertirlo en uno de los principales testimonios de la cultura europea contemporánea.

Volvamos a julio de 1935, con un Harry Kessler que encuentra en el gesto de guardar sus cuadernos una prueba más del abismo de horror que tiene ante sí. Se embarca rumbo a Marsella con la intención de dirigirse luego al castillo que su cuñado, el marqués de Brion, tiene en la región de la Lozère. Está agotado. Demasiado agotado. No es sólo el cansancio de su ajetreada vida; es la enfermedad que se abre camino en el interior de su cuerpo. Escupe sangre a menudo. Se le reproduce la grave crisis de sangrado intestinal que había creído solventar unos años atrás con un tratamiento de choque. El estado de salud le impide trabajar. El 22 de diciembre anota en el *Diario* que uno de esos vómitos le ha hecho perder casi un litro de sangre. Su deterioro es evidente. Llega a pesar cincuenta y ocho kilos. Además de la enfermedad ha menguado su fortuna. Su hermana Wilma de Brion le desaconseja que regrese a Palma; ella tiene el control porque debe contar con su dinero para el viaje. Por eso en una larga carta en inglés pidiéndole ayuda, termina en alemán con una frase que revela su situación en esos meses: “Bitte lass mich nicht im Stich”, algo así como, “por favor no me dejes en la estacada”. Pero todo es inútil.

El 10 de enero de 1937 tiene una hemorragia; es el principio del fin. Un poco de vida social en Suiza (visita a Thomas Mann) y vuelta a la enfermedad. Es hospitalizado el 13 de marzo; operación y lenta recuperación. Tras el verano, el 30 de septiembre, anota en el *Diario* la visita al médico en la ciudad de Marvejols que compara con su añorada Weimar; un toque de nostalgia como final. Esta ciudad le permite ver de frente cuánto ha tenido que luchar en la vida; pero ya no le quedan fuerzas para seguir. Se deja llevar al suave silencio del hombre que se sabe sin dinero, solo y olvidado. Y así, el 30 de noviembre, fallece sin nadie a su lado en el hospital de las Hermanas de María de Lyon.

Las noticias de su fallecimiento recogidas en los diarios sumieron a muchos de los que se decían sus amigos en una molesta incomodidad, no sólo por su excesiva notoriedad, sino porque ahora que no estaba era preciso reconocer que había sido una figura única, la encarnación histórica más acabada de la voluntad de poder, de la convicción de que se puede crear una vida desde la cultura. La cultura es el objetivo de su infatigable esfuerzo por escribir cada día en el *Diario*, la voluntad de poder es la fuerza de su carácter para asumir ese titánico proyecto. Pero no tuvo ese reconocimiento. Aparte de su hermana, su cuñado y sus sobrinos, muy pocos amigos acudieron al cementerio parisino de Père Lachaise para estar con él en ese momento tan especial. No había nadie de los que había ayudado con su amistad, con su dinero, con sus consejos. Uno de sus últimos grandes amigos de París, el gran escritor Julien Green, convencido de ser mordaz, dejó el siguiente comentario de la jornada en el cementerio: “Ese día lo viví con tristeza”.



El *Diario*, leído hoy como el vivo testimonio de una íntima inquietud por el sentido de la historia entre 1880 y 1937, fue considerado por su autor como un archivo de la memoria de una época única. La vibrante urgencia de la anotación evita asimilar el texto a un producto literario:

no se trata de unos *souvenirs*. El gesto de escribir cada día (con pocas excepciones) responde al espíritu de un hombre inquieto que anota las cosas antes de que pertenezcan al pasado. Es una mirada escrutadora de la que sólo son capaces los valientes. La lectura del *Diario*, aunque sea en esta apretada antología, es por tanto una ocasión de excepcional relevancia no sólo y no tanto por la parte de la historia de Europa que en él se describe, sino también por el continuo enfrentamiento de vivencias distintas que se exhiben, se miden una respecto a otra y se comparan en el mudable escenario de la vida social, en un tiempo por el contrario, ilusionantemente inmutable. Por eso que se ha intentado en lo posible mantener en la presente antología el ritmo de la anotación con el fin de entender el carácter de alguien capaz de pasar de lo cotidiano a lo sublime. Dicho de otra manera: se ha querido someter al lector a un ejercicio de creación personal para moverse correctamente a través de pasajes de una obra extensa e inabordable, a veces con el ánimo dispuesto a percibir el fondo de una confidencia muy íntima, otras sobre un juicio de valor sobre la música, literatura o bellas artes; en pocas palabras una incitación a entrar en el laberinto de las ilusiones del conde Kessler. Era además una forma de sentirme acompañado en el esfuerzo de seleccionar los pasajes más relevantes para que el lector pueda compartir conmigo ese oceánico esfuerzo por conseguir que la sucesión de acontecimientos anotados en el *Diario* parezca una cualidad real de la historia, tangible y objetiva, una manera de ver el mundo que comparto con el autor.

Así, cuando leo el *Diario*, me doy cuenta que me ha hecho entender cosas que normalmente no hubiera conseguido explicarme. Cosas como por ejemplo que la vida está en esos instantes que nunca se valoran cuando se tienen. Esto es motivo suficiente para reconocer una impagable deuda con el conde Harry Kessler, el escritor y el hombre.

José Enrique Ruiz-Domènec